

La crítica cultural latinoamericana de las últimas décadas tiene a Beatriz Sarlo como uno de sus máximos exponentes. Profesora de la Universidad de Buenos Aires desde el advenimiento de la democracia y de numerosas universidades extranjeras en tiempos más recientes, Sarlo ha ejercido una influencia innegable en varias generaciones de estudiantes de letras. Su calidad de directora de la revista Punto de Vista y de colaboradora del popular diario Clarín indican la maleabilidad de Beatriz Sarlo a la hora de intervenir como intelectual en la esfera pública. Sus libros testimonian la variedad de objetos y modos de análisis en los que la crítica argentina y latinoamericana puede manifestar su interés. Beatriz Sarlo visitó Berkeley en abril de 2005, invitada por los estudiantes graduados del departamento de Literatura Comparada. Agradecemos a ellos la posibilidad de llevar a cabo esta entrevista, en la que no son escasos los roces entre el modelo analítico de la academia norteamericana y el de Sarlo.

Guerra, exilio y representación.

Una entrevista con Beatriz Sarlo

*Victor Goldgel y Luis Ramos,
Universidad de California,
Berkeley
7 de abril de 2005*



VG- Queríamos en primer lugar preguntarte si en tu investigación actual sobre testimonio y memoria entran las representaciones de la guerra de Malvinas.

No, en mi libro no entra Malvinas. Malvinas es el hecho más traumático de mi existencia, porque fue uno de los dos momentos en que la dictadura militar obtuvo un apoyo de masas. Esta fue la herida máxima que yo experimenté durante la dictadura, por sentirme completamente ajena al país en el cual estaba viviendo. La cuestión es que sobre Malvinas no hay un discurso testimonial tan abundante como sobre el resto, porque los que volvieron de esa guerra son todos pobres, de sectores populares, que en general carecen de voz, y que solamente la tienen porque algunos periodistas –como el caso de Graciela Speranza con Fernando Cittadini– fueron a recogerla. No hay ese florecimiento de testimonios que hay del lado de los desaparecidos, de los re-

primidos, de los exiliados o de los hijos de los desaparecidos, y que se explica por la diferencia de clase social y de educación. Los soldados que volvieron de Malvinas son los condenados de la sociedad argentina. Nadie se acuerda de las reivindicaciones de esa gente, cuyo discurso público es muy nacionalista y por lo tanto muy rechazado –rechazado por mí misma–, muy reivindicador de la guerra de la cual ellos formaron parte. Al ser un discurso tan elemental e hipernacionalista no pertenece al mismo registro que los discursos sobre la dictadura y la desaparición, discursos que provienen de capas medias, aun en el caso de H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio). Yo creo que hay básicamente dos grandes textos sobre representaciones de Malvinas: *Los Pichiciegos*, de Fogwill y *Las islas*, de Gamberro. *Los Pichiciegos* es prácticamente un texto de periodismo de imaginación; es decir, un texto escri-

to durante el transcurso de la guerra, donde hay una verdad de la guerra captada, una verdad de todas las guerras; es decir, la forma en que una guerra se transforma en una especie de mercado clandestino, y que Fogwill capta con un registro de lengua tan absolutamente hiperrealista que se vuelve una especie de costumbrismo de vanguardia. Capta de qué modo la guerra no produce ningún florecimiento de virtudes morales sino una sociedad que parece pre-hobbesiana. Es decir, una sociedad donde cada uno está por lo suyo y donde las organizaciones parecen pre-políticas, organizaciones tribales de intercambio de mercancías. Capta además una verdad material: la guerra, casi más que un intercambio de violencia, es un intercambio de mercancías degradadas. Y *Las Islas*, de Gamerro, es la gran novela paródica sobre Malvinas, con elementos de humor y una acidez que hasta ese momento no se habían utilizado sobre ese tema.

LR - ¿Cree usted que ciertos modelos literarios europeos han producido efectos en escritores argentinos al escribir sobre la guerra?

No, porque las representaciones europeas, en principio, son de guerras muy lejanas en el tiempo. Los europeos representaron las guerras del siglo veinte, y la de Malvinas es una típica guerra fin-de-siglo. Donde puede estar la marca de otras literaturas europeas o americanas es en las estructuras formales o en los procedimientos, pero no en las representaciones concretas. La representación europea de la Primera Guerra es el

expresionismo; el expresionismo que surge a partir de esa guerra deja marcas en la literatura argentina en escritores como Roberto Arlt, pero los temas de Arlt no son los temas de la guerra.

LR - ¿Y de qué manera trabajan los escritores latinoamericanos las situaciones de guerra europea? El caso de Borges en "El Jardín de senderos que se bifurcan", por ejemplo.

Borges escribe la historia de un agente secreto.

LR - Que además es chino...

Que además es chino. Es decir, que está dentro de los fenómenos que en el tercer mundo se desarrollaron entre la Revolución Rusa y la Primera Guerra, y la Segunda Guerra, y que repercuten en la Segunda. Los fenómenos de partición del imperio chino que se produjeron a partir de la Revolución Rusa, la insurrección de Mao Tse-tung y el comienzo de la Segunda Guerra. La fascinación que Borges siente por ese hombre tiene que ver con el espionaje, más que con la guerra misma. Toda la trama de ese cuento es de espionaje. Borges, al vivir a los cuarenta años la Segunda Guerra, seguramente seguía esa duplicación de la guerra que se daba en Europa, en Suiza, por ejemplo, que era la red de los espías de las diferentes naciones. Hay un libro viejísimo sobre la Segunda Guerra, *La guerra se ganó en Suiza*, y es un texto sobre los espías que se radicaban allí. Siendo país neutral, Suiza era una plataforma de espionaje internacional. Lo que yo diría es que en América Latina, y esto habría que estudiarlo algu-

na vez, la guerra repercute con un florecimiento de la escritura periodística. No tanto la Segunda Guerra como la Guerra Civil Española, que es el preludeo o capítulo inicial de la otra. Ahí viajan una cantidad de escritores latinoamericanos, en los congresos que se hacen en el '35 y en el '36 en España. Viajan Octavio Paz, de México, González Tuñón y Córdoba Iturburu, y se encuentran. Es un momento de muy fuerte internacionalismo que anuncia el frente aliadófilo, el frente antinazi de la Segunda Guerra. La Guerra Civil Española fue, incluso por razones de inmigración, muy importante para América Latina. México empezó a recibir exiliados, y la Argentina también. Fueron dos países que recibieron el exilio más cualificado que llegó de España. En México fundan escuelas secundarias, el Colegio de México y, en Argentina, la mayor parte de las buenas editoriales. Se meten en el periodismo, son muy importantes en el nivel intelectual. Ese capítulo fue muy importante porque muchos países que venían de tradiciones hispánicas, con inmigrantes de ese origen, que seguían la guerra —esto está contado de pasada en *Un dios cotidiano*, de David Viñas—, son marcados culturalmente de manera muy fuerte. Además, había una relación muy intensa entre la cultura española y la latinoamericana. En los años previos a la Guerra Civil viajan a Buenos Aires García Lorca, Margarita Xirgu, las grandes actrices españolas.

VG - Y si lo comparamos con otro exilio, ¿qué efectos produce el mo-

vimiento de intelectuales que generan las dictaduras sudamericanas de la última parte del siglo?

No sé si produjo efectos similares, porque cuando llegaron los españoles había muchas cosas en México y la Argentina que todavía estaban por hacerse. Mientras que cuando llega el segundo exilio —el argentino, el uruguayo— a México, digamos, México ya era una nación más avanzada, yo diría, en términos de instituciones culturales, en relación con los países de origen de estas personas. En esos términos, no había mucho que

que formábamos parte de América Latina. En principio, existían nuevas problemáticas. Cuando se hacía un congreso sobre estructura social, literatura o lo que fuese, la Argentina no era el país patrón, no daba el modelo. La cultura argentina, en general, había estado muy encerrada en sí misma y en su relación con Europa y Estados Unidos. Uno podría marcarlo en algunas personas que escribieron en México obras de perspectiva latinoamericana, como es el caso de Aricó, quien escribe un libro llamado *Marx en América Latina*.



los exiliados pudieran fundar. Eso, desde un punto de vista, fue muy bueno para los exiliados, en el sentido de que entraron y se establecieron en instituciones que ya eran muy fuertes: un gran sistema universitario, donde todos encontraron más o menos un lugar —estoy hablando del caso de México; otra cosa es en España o Escandinavia—, editoriales cuyas sucursales en la Argentina conocían —como Fondo de Cultura Económica y Siglo XXI. Algunos salieron de Siglo XXI Argentina a la cárcel, de la cárcel al exilio y del exilio a Siglo XXI México. El camino estaba hecho. Lo que yo creo que fue una transformación importante para los exiliados es que se dieron cuenta de

L R - Algunos se quedaron en México e hicieron una carrera: Néstor García Canclini, Enrique Dussel, quienes podrían haber regresado a su país tras el fin de la dictadura. ¿Usted cree que el exilio modifica la identidad nacional?

La verdad que no lo sé, porque el fin del exilio coincide con la implantación de lo que llamamos hoy cultura globalizada. Es decir, un académico vive más o menos por todo el mundo. Tiene regiones donde radica su especialización, pero en realidad su patria son las diferentes academias de occidente. Lo que habría que tener en cuenta sería el contrafáctico: ¿qué habría pasado si el fin del exilio no hubiera coincidido con una globalización

de la cultura académica?

VG - ¿Qué pasa en el caso de intelectuales o profesores latinoamericanos que emigraron a los Estados Unidos?

No lo sé. Para contestar eso habría que mirar números, y mirarlos en serio. No simplemente ver profesores que están en NYU o en Berkeley, sino ver cuántos profesores latinoamericanos hay en *community colleges* en el medio del campo, dando clase a chicos que salen de un *high school* de granjeros. Yo conozco a algunos que están desesperados en el campo...

LR -Y uno tendría que hacer eso también con otros exilados no académicos. Un exiliado que tuvo una carrera de médico, o que trabaja de jardinero...

Sí, se podrían estudiar estratos específicos, pero sería difícil separar los que están en la universidad de los que están en una carrera profesional. De hecho, hay muchos exiliados latinoamericanos con carreras profesionales exitosas. Lo que a mí me gustaría ver es el lado no exitoso, el caso de aquellos que están en lugares donde nadie quiere estar –tampoco los norteamericanos-, aquellos a los que les va mal en la academia.

VG- Invirtiendo un poco esto... ¿De qué modo representa Latinoamérica los efectos que la política exterior de los Estados Unidos produce sobre ella?

Yo creo que una de las pocas teorías originales que desarrolló Latinoamérica en términos socioeconómicos es la teoría de la dependencia, de Fernando Cardoso

y Enzo Faletto Una teoría desarrollada en los años sesenta y que se expandió al punto al de ser tomada por académicos no latinoamericanos. Da el marco teórico para pensar la dependencia latinoamericana respecto del imperialismo —no ya como fenómeno externo a las sociedades, que produce exacción de riquezas, explotación— sino como dato interno. Esto hoy no parece novedoso, justamente, porque la teoría fue exitosa. Hasta ese momento no había una teoría, excepto la leninista, que explicara las relaciones entre países explotados por el imperialismo y las metrópolis. Por eso a mí las teorías postcoloniales me convencen poco para Latinoamérica, porque yo creo que la teoría de la dependencia es bastante más efectiva.

LR- Pero esa teoría parece estar ya fuera de moda...

Bueno, en principio porque cambió la realidad. La teoría explica un momento en la relación entre el imperialismo y las naciones latinoamericanas; esas relaciones hoy cambian. Lo que digo es que es la primera teoría que explica en términos conceptuales —no como mera denuncia política o cultural— esta relación. Pero al mismo tiempo se producen otros fenómenos, que son los de la escala de los países. En América Latina hay dos países importantes, y sólo dos: México y Brasil. El resto de los países se alinearán; a la Argentina le toca alinearse en función de Brasil, y al Caribe y a América Central les toca alinearse en función de México. Hoy un gran país es un país con un mercado interno grande, aunque haya muchos excluidos del mercado, como

en el caso de Brasil, que es el país más injusto del mundo; o el caso de México. Pero son países con grandes potenciales demográficos. Se puede ser chico únicamente en Europa, del mismo modo en que se pueden tener democracias plenas únicamente en Europa. Para ser pequeño y socialdemócrata hay que tener plata. Esta es nuestra desesperación de fin de siglo.

VG- ¿Cuál te parece que es la reacción intelectual que las invasiones a Afganistán e Irak generaron en Latinoamérica?

No podría hablar por Latinoamérica, porque yo no leo la prensa latinoamericana, excepto la brasileña. Yo creo que los acontecimientos de los últimos diez años la Argentina los vivió en la nube de su propia crisis. Ya es un país bastante egocéntrico, y ese autocentramiento se acentuó por la crisis. Yo viajé dos meses después del 11 de septiembre a Estados Unidos, y me preguntaron cómo fue la repercusión en la Argentina. Yo dije: “En la Argentina no se acuerda nadie del 11 de septiembre”. Estábamos en medio de la crisis del 2001: la nación no sabía si iba a subsistir como nación o a desaparecer.

VG- Volviendo a tu trabajo sobre testimonio y memoria, me interesa saber si te preguntás por la posibilidad de hacer generalizaciones sobre el género o de aislar rasgos genéricos en relación con el fenómeno que da origen al texto: el testimonio de un prisionero, por ejemplo, como algo distinto del testimonio de un soldado...

No, por lo siguiente. Yo me puedo equivocar, pero tengo la sensación de

que la teoría del biografema no puede dar una línea de texto más que no sea repetitiva. La teoría de la biografía ha sido -desde 1970, en que Lejeune comienza sus trabajos, hasta el año 2005, en que estamos hablando- de las que ha producido más bibliografía. Entonces, salvo que uno se sienta con una capacidad de construcción teórica nueva, que no es mi caso -yo más bien trabajo a partir de fenómenos más concretos- no me resulta ya de interés pensarla. Desde los que para mí son los dos textos más extraordinarios que se escribieron - *Autobiographie*, de Derrida, y el artículo de Paul de Man, del '79-, hasta la masa de textos sobre la voz femenina, la voz masculina, la voz gay, la voz freak, la voz bizarra... la masa de textos, lo que hay es una sobreproducción teórica.

VG- En tu conferencia de ayer [conferencia organizada por los estudiantes graduados del Departamento de Literatura Comparada U. C. Berkeley] distinguías entre el testimonio como género literario y como elemento jurídico. Ese exterior, los fines jurídicos, ¿ejerce algún magnetismo en tu trabajo?

No, no lo ejerce porque no voy a trabajar con la esfera de justicia. Hay un libro a partir del cual yo parto, el de Vezzetti. Me siento completamente representada por su perspectiva, y no creo que haya que retomar temas que otras personas trabajaron mejor o igual de lo que uno puede hacer. No ha circulado, pero a mi juicio ese es el mejor libro sobre testimonio y memoria en términos jurídicos en América Latina. Además, no tomo el

testimonio en esos términos por otra razón: debería trabajar con juristas. Las verdades jurídicas se establecen formalmente, no sustantivamente, y los juristas saben cómo se produce una contrastación formal de lo testimoniado que sirve para liberar a un acusado. Si me metiera en esa zona, debería conseguir un co-autor que fuera jurista. Es una técnica, como el análisis literario, de una alta convencionalidad. Yo sé por ejemplo cómo Julio Strassera, el fiscal del juicio de las Juntas militares, eligió 190 del total de los casos del *Nunca Más*. ¿Por qué eligió esos 190? Muchas veces, la persona que testificaba no tenía quizás el caso más extraordinario pero era más persuasiva. La cuestión jurídica es básicamente una cuestión retórica. Me interesaría, pero no tengo la competencia en absoluto.

LR- Testimonios literarios como el de Alicia Partnoy, o el de Rigoberta Menchú, son textos que circulan muchísimo, en clases de español, en las universidades... ¿Cree que esta circulación puede tener un efecto indirectamente jurídico?

No, jurídico no. Crean esfera pública, y valores a partir de los cuales, en algún momento de transforma-

ción política, se puede establecer la necesidad de un juicio. Es tan difícil condenar a los responsables de las represiones latinoamericanas porque jurídicamente es otra la legalidad que rige. Si no, después del texto de Rigoberta, no quedaría genocida de pueblo indígena de América Latina; estarían todos presos. Primero, no hay condición jurídica sin condiciones políticas. Segundo, hay que tener condición jurídica. Eso es lo que explica lo largos que han sido los procesos de condena en el caso de los represores que han sido enjuiciados.

LR- ¿Se enseña un texto como el de Partnoy en las universidades argentinas?

En las universidades argentinas no existe el *continuum* textual que se enseña en las universidades norteamericanas, en Literatura Comparada o Literatura Latinoamericana, el *continuum* que va de Thomas Mann al libro de Partnoy. En la universidad argentina, la enseñanza es básicamente modernista-tradicional. Es decir, se enseña o literatura popular –profesores que enseñan el corpus de la literatura popular: no es que ingrese cualquier cosa- o se enseña la tradición de la literatura alta.